

bién Orlando Pelayo— porque anteponen la realidad de lo que pretenden decirnos por encima de los valores de cada obra. Por encima, sobre todo, de sus valores abstractos. Toda obra de arte, para un italiano del Renacimiento —para un Paolo Ucello, o un Piero, por ejemplo—, es una ecuación de equilibrios concertada. Para un español, no. La pintura española rompe con la ecuación del equilibrio para introducir una pequeña imperfección deliberada, una ruptura con la ley del equilibrio, en donde precisamente se asienta la realidad. El gesto, la mueca, rompe con la armonía de las estatuas... pero establece un **quantum** de realidad... Orlando Pelayo, que no tiene nada de pintor abstracto, que lucha —aun ignorándolo— contra los valores abstractos de cada obra, es un realista porque es antiestatuario, porque busca el gesto de la realidad que se opone a la sobriedad de la ecuación equilibrada, porque establece la ley del desequilibrio que es la de la realidad.

Cuando tenga más tiempo escribiré aquí mismo un reportaje sobre Orlando Pelayo y su obra. Vale la pena. Porque al cabo de tantos años de París, Orlando Pelayo sigue siendo un pintor español. Yo diría más: es un pintor "de museo"... como quería Cézanne que fuese su pintura. ■ **JOSE MARIA MORENO GALVAN.**

CINE

Escenarios vacíos

A nivel de estilo, tres importantes elementos poseen en común "Les lèvres rouges", de Harry Kumel, y "La carne de la orquídea", de Patrice Chéreau (lo que permite una reseña conjunta de ambos films, recién estrenados en Madrid): la primacía dada a los escenarios en que la acción se desarrolla, que



"Les lèvres rouges", de Harry Kumel.

llegan a alcanzar un valor protagónico; su adscripción a un neoexpresionismo como factor aglutinante de la puesta en escena, y la postura de sus autores de forzar el material narrativo de base con el fin de permitirles un continuo lucimiento de sus supuestas habilidades directivas. Supuestas y no confirmadas en los dos casos, pues tanto Kumel como Chéreau ofrecen un curso completo de ineficaz exhibicionismo, donde lo más lastimoso es que ambos contaban con unos precedentes literarios (toda una tradición de mitos del género "fantástico" como punto de partida para el cineasta belga, y una conocida novela de James Hadley Chase, maestro de la narrativa "negra", en el caso del realizador francés), cuyas amplísimas posibilidades quedan destrozadas en manos de artifices tan poco duchos.

Exclusivamente a su responsabilidad se debe el que ni la resurrección del mito vampírico de la condesa Bathory ("El rojo en los labios"), mito mucho mejor tratado por Jorge Grau en su "Ceremonia sangrienta", ni la complicada historia de la joven heredera a la que sus familiares hacen pasar por loca para quedarse con su dinero y recurre en su huida a un hombre perseguido por dos criminales ("La chair de l'orchidée", 1975), lleguen al espectador de otra manera que como un simple pretexto para narcisistas "números" de puesta en escena. Ello no es ajeno a la definida personalidad de los dos jóvenes cineastas —con treinta años en el momento de realizar ambos

films el recuerdo de unos magníficos escenarios por donde se pasea el vacío de una petulancia creativa, de un deseo de "epatar" realmente insufrible. ■ **FERNANDO LARA.**

Vigencia de Oscar Wilde

Hace seis o siete años se anunció en España el estreno de "Los juicios de Oscar Wilde", pero la película fue prohibida por la censura, y hasta hoy no ha podido superar los estrechos, ridículos, agobiantes márgenes que esa censura viene imponiendo a la vida cultural española. Se dice, y posiblemente no sin razón, que hay ocasiones en que esa censura sigue prohibiendo al cabo del tiempo películas que fueron "escandalosas" para ella en su día —como "La dolce vita", de Fellini—, por temor a que los españoles se mueran de un ataque de risa al ver "integralmente" lo que no le dejaron en su momento. Películas timoratas, reaccionarias, insípidas, que a nadie hubieran escandalizado (ni siquiera interesado), pero que a los señores censores les quitaron el sueño durante semanas.

Una de esas películas es "Los juicios de Oscar Wilde" que ha necesitado unos ocho años para poder ser apta para españoles;



"Los juicios de Oscar Wilde", de Ken Hughes.